

NOTAS Y TEXTOS

La lección de despedida del Cardenal Sáenz de Aguirre.

En un tomo manuscrito de Varios de la biblioteca del Colegio de Santa Cruz, de Valladolid, existe un documento en que se copia la última lección que tuvo el Cardenal D. José Sáenz de Aguirre, benedictino, en su Cátedra de Escritura de la Universidad de Salamanca. Fué lección de despedida por su designación para el Cardenalato. Este nombramiento sucedió inesperadamente. Fr. Alonso Silva y Arteaga en la «Oración fúnebre en las solemnisimas exequias que la Universidad de Salamanca celebró el día 23 de Noviembre de este año de 1689 en su Real Capilla de San Gerónimo al Eminentísimo Señor Cardenal D. Fray Joseph de Aguirre», lo describe muy al vivo. «Tres o cuatro Cardenales, dice, entraron una tarde a ver a Su Santidad, y notando que manoseaba un libro que estaba sobre la mesa, le preguntaron: Santísimo Padre, ¿qué libro es ese? Y arqueando los ojos el Pontífice, con semblante y palabras de ponderación les dijo: Este libro es defensa de esta silla. *Defensio Cathedrae divi Petri*. Este libro lo escribió el Maestro Aguirre, doctor teólogo salmantino. ¿No teneis noticia de él? ¿Quién diréis hizo al Maestro Aguirre tan conocido del Papa y tan afamado en la ciudad de Roma? Un libro que sacó a luz; y es que el libro le sacó a él del sepulcro del olvido.»

A la *Defensa*, que según afirma el mismo P. Aguirre, es el libro que más de prisa escribió, gastando unos seis meses en componerlo y otros tantos en imprimirlo, le debió la púrpura cardenalicia. Inmenso júbilo causó esa elección en la vieja Escuela salmantina, como se trasluce en las palabras pronunciadas por el sabio benedictino al despedirse de su magisterio universitario. Ni era para menos; en toda la gloriosa historia de la Universidad no se registra otro caso semejante de que un catedrático trocara su birrete de profesor por la birreta de Cardenal. Observó bien la promesa que entonces hizo de amar las insignias de su profesorado, que simbolizaba su amor a la Universidad. En ella dotó y fundó la cátedra de San Anselmo de libre elección, y otras dos más de Teología que debían explicar los religiosos de San Benito.

Un documento de varón tan insigne, y que refleja la honda satisfacción de la Universidad de Salamanca por el triunfo de uno de sus hijos, merece que lo trascribamos y que lo traduzcamos de la del Lacio a la lengua patria.

«El P. Vicente Mascarell, de la Compañía de Jesús (1), en carta de 21 de Diciembre de 1686, escribió a mi hermano este capítulo: el Señor Cardenal Aguirre se despidió de su Cátedra concurriendo a oírle un grandísimo concurso de tres Comunidades enteras de San Benito, San Bernardo y la nuestra por ser hermanas y todos los graduados, a la cual (*sic*) se añadió un concurso innumerable de religiosos y estudiantes y también seglares. Fué día muy solemne para la Universidad, y lo que era de admirar era la apacibilidad con que el Señor Cardenal repetía lo que los estudiantes le pedían, llamándole unos Señor Doctor y otros como se ofrecía. Remito a Vuestra merced la lición.

»Cum duobus praecedentibus praelegissem et explanassem ex suggestu, veluti summa Capita Veteris Testamenti, accingebam me ad idem fere praestandum hoc tertio anno circa Testamentum Novum, juxta statuta Academiae, sed ecce imperatus cursor de Romana Urbe denuntians Sanctissimum D. N. Innocentium decimum Pont. Max. piissimum et gloriosissimum, die 2 Septembris, dignatum fuisse mira benignitate me adscribere inter Purpuratos Sacrae Romanae Ecclesiae Patres. Obstupui vix credens nuntio, aut inscriptionibus plurium epistolarum, quibus id testatum, quamvis characterere satis mihi noto et fido; obstupui et vos, gravissimi et nobilissimi spectatores. Sed quis non miraretur hominem exigui aut nullius meriti subito in tantum evehi fastigium? idque ab optimo et Sanctissimo Pontifice, cuius mens non nisi divino spiritu afflata ad gravia quaeque decernenda, in regimen Ecclesiae, accedere creditur. Horret animus ad cogitationem hanc, et propriae indignitatis conscius... (audeo)... dicere cum psalmista: In te cantatio mea semper, tamquam prodigium factus sum multis et tu adjutor fortis; repleatur os meum laude ut cantem gloriam tuam. Sed et quanta laetitia tibi fuerit, o Academia mater, ob exaltationem, quanta vobis, clarissimi spectatores, ob honorem sive socii, sive Magistri, omnes norunt. Gratias itaque refero, quantas vos ob nobilissimum hunc affectum erga me. Plura dicerem ni brevitatis temporis et occasio vetaret, satis sit testari scripto hoc purpuram cardinalicam habere quidem locum supra caput meum, pileum vero Magisterii salmanticensis intra penetralia cordis. Valete itaque gaudium et corona mea.

»Como en los dos años precedentes expliqué sumariamente en la Cátedra el Viejo Testamento, me preparaba a hacer lo mismo este año sobre el Nuevo Testamento al tenor de los estatutos universitarios; mas he aquí que se presenta una posta inesperada de la ciudad de Roma anunciándome que nuestro Santísimo Señor Inocencio

(1) El P. Mascarell (1660-1730), profesor de Teología y Escritura en el Colegio de Salamanca de la Compañía de Jesús, y autor, entre otras obras, del *Tractatus Theologicus Dogmaticus et Canonicus de Libertate Actus Divinae Fidei*. De este ilustre jesuita valenciano decía el P. Manso, O. S. A.: «incansable intérprete de la Escritura, exactísimo catedrático de Teología Escolástica, igualmente conocido y venerado en nuestra patria, y cuya fama se extenderá cada vez más en las naciones extranjeras por su probidad de costumbres y nobleza de linaje». (*Sanctus Augustinus gratiae sufficientis assertor et Vindex*, pag. 357).

décimo, piísimo y gloriosísimo Pontífice Máximo con admirable benignidad se había dignado el 2 de Setiembre inscribirme en el Colegio de los purpurados Padres de la Santa Iglesia Romana. Quedé estupefacto sin apenas dar crédito a la posta, ni a las muchas cartas en que me lo repetían, aunque algunas de letra bien conocida y abonada. Os pasmaisteis también vosotros, nobilísimos y gravísimos oyentes. ¿Quién no se había de admirar que de repente se levantase a tanta altura a un hombre insignificante y de ningún mérito? Aterroízase mi ánimo al pensarlo; y noticioso de mi propia indignidad, me atrevo a exclamar con el psalmista: A ti se dirigirá siempre mi cantar: muchos me reputan como un prodigio, y tú eres mi invicto patrocinador. Llénese mi boca de alabanza para ensalzar tu gloria. Todos saben cuán grande fué tu alegría, ¡oh madre Universidad!, por mi exaltación, y cuánta la vuestra, ¡oh esclarecidos oyentes!, por el honor tributado o a uno de vuestros compañeros o a uno de vuestros maestros. Doy, pues, tantas gracias cuantas disteis vosotros a impulso del generosísimo afecto que me profesáis. Me alargaría más si no me lo impidiesen la cortedad del tiempo y lo inoportuno de la ocasión. Basta significaros en este escrito que la púrpura la llevaré sobre mi cabeza, pero la borla del magisterio salmantino en las entretelas del corazón. Adiós, pues, mi corona y mi gloria.»

Disfrutó el Sr. Aguirre la púrpura cardenalicia desde 1696 hasta 19 de Agosto de 1699, en que falleció en la Ciudad Eterna. Del sepulcro en que se guardan sus venerandas cenizas trató el *Boletín de la Real Academia de la Historia* en un artículo intitulado: «El cardenal Sáenz de Aguirre y el Obispo de Zamora, D. Diego Meléndez de Valdés. Memorias sepulcrales» (1). De sus retratos, el mejor es el que indica el P. Silva en estas palabras de la oración fúnebre ya mencionada: «Quien desee ver al Eminentísimo... Aguirre, lea con atención sus escritos, y le hallará tan al vivo retratado como haber quedado en ellos impreso.»

A. PÉREZ GOYENA.

(1) Tomo 30, págs. 315-323.

